

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3 50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.—MURCIA

Año II

MURCIA.-Lunes 26 de Agosto de 1907

LOS ANUNCIOS DE TERCER CLASE
A PRECIOS SIGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GROS
DABEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 307

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

La vuelta de Maura

Con la vuelta del Sr. Maura, que pone término á una serie interminable de comentarios fantásticos, la política española quizás entre otra vez en sus cauces naturales, de los cuales no debió salir nunca. Parece ser que ahora, luego de conocidas las intenciones dominantes en los gobiernos extranjeros con respecto á Marruecos, nuestra acción en el Mogreb no será vacilante ni de dudas, sino que tendrá un objeto determinado, un móvil principal, un fin que conseguir por todos los medios posibles; y así que se intente, cuantas cosas se hagan se encaminarán á dar firmeza á nuestra intervención. Durante el viaje del Sr. Maura, por lo que se asegura, se han resuelto en principio muchas nebulosidades que nos ataban las manos, que nos impedían obrar desembarazadamente, para cuando llegue la ocasión no tener que aguardar conciliábulos y hacer por nuestra cuenta lo que realizaríamos en servicio de otra nación cualquiera.

Todo el mundo, á raíz del precipitado viaje del señor Maura, tuvo una duda: no creer en la que se decía causa principal de la marcha, y buscar otro motivo importante para ello. Así se hizo y salió á la vista un hecho que bien podía ser cierto: la posibilidad de que el señor Maura fuese sólo al extranjero para consultar con los jefes de gobierno la actitud que se iba á observar en Marruecos. Ahora, por los rumores que corren, parece que se va confirmando esa opinión, que se va robusteciendo hasta el punto de que ya casi merece el calificativo de cierta. Pocas veces se engaña el instinto popular y aquí, á pesar de que partía de simples deducciones, se aproximó mucho á la verdad desde el primer momento. Marruecos, que era el tema principal de todas las conversaciones, tenía que ser también la causa de la marcha del Sr. Maura, porque sus responsabilidades como jefe de gobierno son grandes, y bueno es reconocer el terreno que se pisa.

El Sr. Maura, que ha pulsado á lo que parece la opinión alemana y la opinión francesa, sabe ya lo que se debe hacer en el imperio marroquí, conoce hasta dónde podemos llegar los españoles. Los días que ha permanecido en el extranjero, tanteando á los Ministros, han sido bien aprovechados, porque así, conociendo las intenciones dominantes, no prolongará por mucho tiempo la situación ridícula en que nos hallamos, que no puede reportarnos ningún beneficio y sí muchos disgustos. Hoy, si es verdad que sabe todo eso que se dice y que nosotros ni dudamos ni creemos, no dejará las cosas como están, pues eso de que nuestro ejército sirva de risión á los franceses no puede consentirse por dignidad y por decoro.

La situación de Marruecos, en la cual aparecemos como polichinelas movidos por los franceses, debeternar de una vez, porque si nó el día menos pensado, cuando nadie lo piense, las tropas del convenio internacional se enzarzarán en la mas tonta de las contiendas, empleando sus bríos en destrozarse mutuamente. Hasta aquí, aunque con leves muestras de disgusto, todo ha ido bien; pero no hay que echar en olvido que nuestro ejército, sufrido como pocos, no pasa de buen talante ciertas cosas cuando van en desprestigio de la patria. Mas vale prevenir en estos casos que no ignorar. Una falta de política ahora, con los ataques de los periódicos parisinos, puede dar origen á una contienda de gravísimos y lamentables resultados.

PLUMAZOS

Seamos cautos

Digan lo que se quiera respecto al negocio marroquí, es el caso que cada vez se empeora más y no se ve muy clara la salida de semejante atolladero. La buena Alemania, según parece mete cizaña entre los belicosos hijos de Mahoma; Inglaterra evoluciona al rededor del conflicto deseosa de alzarse con su pedazo de botín y Francia comienza á darse cuenta de que la situación de sus tropas en Marruecos es harlo crítica ahora y degenerará en peligrosa tan pronto como los buques de guerra tengan que alejarse de aquellas aguas.

Los hijos del Profeta, que ahora hacen lo mismo que nosotros hicimos ante las tropas de Napoleón, defender su independencia, no son gentes que se cansan de que

rrrear ni que se atemorizan por los descabros. Precisamente estas son las causas de que se muestren más belicosos y con más deseos de luchar, hasta hacer imposible la vida de los europeos en el dilatado Imperio. Francia, pues, tiene que salir airosa á ultranza, venciendo hasta lo invencible, ó fracasar ruidosamente en su empresa europeizadora.

Por esta vez, puede decirse muy alto, gracias á la apatía de nuestros políticos, gracias á su desconocimiento grandísimo del asunto, gracias á su eterno fracaso, hemos venido á quedar en una situación que si no se la puede llamar muy airosa en Europa, á todo el mundo le parece cauto en extremo y más tarde será digna de loa. Ahora, lo que conviene, es que España se mantenga firme en sus propositos, puesto que vé claro en el negocio, y contra lo que ocurrió siempre, deje que el que quiera castañas que las saque del fuego.

La lección de Trafalgar y la bandera que ondea en el Peñón, dicen bien claro lo que España sacó siempre de sus alianzas guerreras con Francia é Inglaterra.

NAZARIN.

Información especial

Bandidaje napolitano

Sabido es que en Italia se llama «La Camorra» á una sociedad de bandidaje muy extendida, bien organizada y cuya disciplina interior no es muy conocida á no ser por sus efectos deplorables.

Mientras todavía dura en toda Italia el espanto sembrado por las atrocidades de la «Mala vida napolitana» que tanto han dado que escribir y que decir, y con laudable energía los órganos de la defensa social trabajan por arrancar á «La Camorra» sus terribles secretos y por romper la solidaridad de la famosa secta de delincuentes, siguen germinando allá en los bajos fondos de Nápoles, á la vista de todo el mundo y á la luz del sol, viveros de niños desalmados, futuros malhechores por efecto de la terrible educación recibida de sus padres.

Estos serán los «camorristas» del mañana, más refinados quizá, no menos malvados y peligrosos, que á su vez aterrorizarán y explotarán á los más débiles é irán á llenar las cárceles de San Francisco, del Carmen y de San Efrén, después de dar trabajo á los Asises y á los Tribunales y de deshonorar con sus infamias el nombre de la más bella ciudad italiana.

Convenamos en que el Estado no ha hecho lo necesario, lo debido, lo que hay derecho á esperar de él en la extirpación de esta vergüenza; al contrario, si continúa, en gran parte se debe á la complicidad de las clases directoras.

«La Camorra» está en Nápoles tan difundida porque desdichadamente, bajo el azul de aquel golfo encantador hormiguea densa y miserable, ociosa y abandonada, una multitud de populacho que vive la vida cruel llamada «la mala vida».

Gente sin porvenir, imprevisora y prolífica, que abandona sus numerosos hijos al azar del destino cuando no puede ó no sabe, ó tampoco quiere sostenerlos.

Niños hermosos y buenos, que en muchos casos no conocen á sus padres, vivaquean á la intemperie, pidiendo á la rapiña lo que no siempre solicitan ni acaso lo daría la caridad, obligando á rebucar algo que comer en los montones de inmundicias lo mismo que los perros vagabundos.

A falta de una madre que los acaricie, no dejarían de caer pronto en las manos de alguna harpía, maestra en maldades y vicios de todo género, y el pequeño no tardará en adiestrarse en el mal y en convertirse en un «gualione de la mala vida».

Después se tatuará las piernas, los brazos y el pecho con dibujos de serpientes y de puñales, para embellecerse á lo terrible é indicar su fuerza y su coraje, cuando no para recordar las violencias y venganzas perpetradas.

Más tarde ingresará, previos exámenes y pruebas, en la «Societa minore dell' unité» (grado menor de la secta «La Camorra»), y progresivamente llegará á ser transformado en todo un perfecto «camorrista».

El «camorrista» impone á los hombres honrados que trabajan el pago á una cuota llamada «tangenda» en favor del «camorrista» y de la Sociedad. Donde haya una posibilidad de hacer dinero, allí aparecerá él; en los mercados, entre los barqueros, entre las mujeres públicas, en las cárceles... ¡Ay del que no le apronte el tributo! La Sociedad «La camorra» lo contará entre sus enemigos señalados para hacerles el daño posible.

Pero el que paga es protegido, por ese derecho del más fuerte que tolera el Estado. Indudablemente más débil, pues no acierta á imponer la justicia social sobre la fuerza organizada al amparo de esa debilidad; el que resiste no tarda en arrepentirse porque el «camorrista» lo denuncia á «La Camorra» cuyos «chiorne é paranze» (bandillas de afiliados) impondrán sus pretensiones ó infligirán el castigo de la resistencia más ó menos pronto, pero no dejarán de hacerlo.

El producto de las «tangenda» va en parte á la caja social para ser dividido entre los compañeros ligados por el delito ó el peligro. Este no es grande porque también los magistrados temen á «La camorra», conscientes de las altas protecciones caciquiles y nobiliarias (y ahí está lo peor de esa calamidad) con que los afiliados cuentan.

En efecto, los heridos, los encarcelados, los procesados, son socorridos por los compañeros en toda ocasión, y ésta solidaridad se lleva hasta el extremo de que un «camorrista» antes que denunciar á un asociado, se deja condenar á dos y aunque sean veinte años de prisión ó lo que fuere.

Prepotente y rebelde, criminal y generoso, con todas sus cualidades, el «camorrista» no es el delincuente nato dilucidado por Lombroso; es el producto natural de un medio inhumano y degenerado que los Gobiernos no saben ó no quieren destruir bien avenidos con la tradicional incuria.

Según avanza en grados dentro de la Asociación, el «camorrista» adquiere mayores vicios; especula y se lucra sobre las pasiones mas bajas, sobre el crimen, amparado tras de la fuerza que le presta su desprecio á la vida y á las leyes adquiridodía tras día desde la infancia, en la lucha tenaz, fiera, y salvaje de los bajos fondos sociales, donde los mas débiles son atropellados y arrollados sin misericordia.

La misión educadora del Estado aun está en los pueblos cultos muy atrasada y mal comprendida.

X.

Asilados hambrientos

Copiamos del «Diario Universal»: «Los periódicos de Murcia dan cuenta de las numerosas fugas que diariamente se efectúan en la Casa de Misericordia de aquella capital.

Los infelices asilados prefieren escaparse á continuar sufriendo el hambre y la desnudez que les obliga á sufrir el régimen de la mal llamada Casa de Misericordia, creado por el caciquismo conservador.

Cuando la infanta Isabel visitó hace poco el Centro benéfico murciano se procuró disimular la insostenible y desgraciada situación de los desgraciados acogidos en la Casa de Misericordia, derrochando el dinero en los días que el establecimiento iba á ser visitado por la infanta, á fin de que esta señora creyese que era una pura fábula todo lo que por Murcia se decía acerca de los estragos que hacia el hambre entre los asilados.

Pasados estos días, éstos vuelven á sufrir las consecuencias de esta mal pergeñada habilidad de los amigos del cacique de Murcia. La miseria ha vuelto á enseñorearse sobre los pobres acogidos que carecen de ropas, alimentos y hasta de agua potable.

EL DEMÓCRATA, de Murcia, comentando la comedia que se representó ante la infanta, escribe las siguientes líneas:

«¿Quién va á creer que en varias semanas lo que era modelo de prosperidad va á ser presidio ignominioso, lugar de tortura, sentina de vergüenzas? ¿Quién va á figurarse en cuatro semanas un cambio tan radical?»

«¿Quién creará que los que nadaban hace cuatro días en la opulencia, bajan sin notarlo á la miseria? No, nadie. Lo que ayer era vergüenza, hoy es vergüenza también; lo que fué odioso, continúa siéndolo.»

La causa de esta desgraciada situación de los asilados, que no ven otro medio de salvarse de los estragos de la miseria y el hambre que escaparse de la Casa de Misericordia, no es otra que el desbarajuste y la pésima administración que reina en las Corporaciones oficiales de Murcia, feudos, como se sabe, del pontífice máximo señor Lacierva.

¿No podría el moralizador ministro de la Gobernación aconsejar á sus amigos y servidores de Murcia que tuviesen un poco de compasión hacia aquellos infelices asilados y procurasen que éstos no se viesen

obligados á huir de éste benéfico centro por carecer en él de los más elemental para la vida?»

COSAS DE LA TIERRA

Una vergüenza más

Nuestro competentísimo gobernador, que tiene acreditada su valía en mil cosas importantes, puede estar satisfecho de la jornada de ayer, que honra á una capital. Antes creíamos que algunas personas, con la indiferencia de las autoridades, nos ponían á la altura de Marruecos; pero hoy no que remos ofender á los marroquíes, que sólo son bárbaros, comparándolas con ellos.

La corrida de ayer tarde, en la cual varios jóvenes hicieron cuanto sabían, sirvió para que cuatro docenas de animales, una pandilla de botentotes escapados de Cafrería, nos probasen que son más bestias de lo que parecen, apedreando á los toreros y al público de barreras y gradas.

Durante la lidia del cuarto becerro, como el ruedo se llenase de gente y los guardias encargados de la vigilancia presenciaron impávidos la invasión, parte del público, con furia inusitada, comenzó á apedrear, despejando el redondel y las gradas á los pocos momentos.

Las autoridades, que debían haber impedido ese acto de barbarie, en lugar de intervenir, continuaron mirando el «espectáculo» con la misma indiferencia, pensando tal vez que era ese un modo muy original de aborrrarles un trabajo. Y así fué, porque ni un solo agente tuvo que molestarse y la plaza se despejó. Bien es verdad que antes de ocurrir esto, muchas personas, que no intervenían en nada, recibieron varias pedradas. Pero ¿qué importa eso?

Después, á la salida, con el precedente anterior, los mismos animales deantes, unidos á otros varios, volvieron á tirar piedras á los toreros cuando subían al coche; pero entonces lo hicieron con tal furia, que la guardia civil, alarmada, cargó sobre los zulus, disolviéndolos. Pero á pesar de sus buenos deseos, la benemérita no pudo impedir que algunas piedras lesionaran á los transeúntes. Entre estos hay una niña que tiene una gran herida en la cabeza.

El gobernador, que ya debe tener conocimiento de estos hechos, estará satisfecho con la conducta de la policía, que no ha podido ser mejor.

Cuando vuelva el Sr. Barroso, que lo hace tan mal, tendrá envidia del Sr. Alcalde, porque este lo hace peor, desgraciadamente.

¿Qué dirá el señor Lacierva al saber lo que ocurre «en su provincia», en esta provincia que tan espléndidamente le regaló nuestro eximio é ilustre gobernador don Carlos Barroso?

¿Qué dirá de «su» policía murciana? Como la que «reforma» en Madrid se porte tan bien como ésta, ¡pobres madrileños! ¡Ahora sabrán lo que es cosa buena!

¡Y que se toleren en una población culta estas vergüenzas!...

Elegía de Otoño

Se fueron ya las golondrinas.

Está sin flores el jardín...

Sólo solloza en las neblinas

un melancólico violín.

Bajo la pena de los cielos,

las planiferas notas son

como los últimos anhelos

de un moribundo corazón.

Entre la brisa la voz muere;

y en su estertor oigo gemir

toda esta pena que me hiera...

y que no acierto á definir.

Vagas tristezas otoñales...

Temor de un pronto perecer...

Deshojamiento de rosales

en un lluvioso atardecer.

Presagio horrible que me aterra...

Miedo á la eterna obscuridad...

¡Y hasta, en mis ojos, de la tierra

á veces siento la frialdad!

Algo mi labio al cielo envía.

Algo se apaga en mi interior,

mientras la tarde gris y fría

se está muriendo de dolor.

¿Qué hay en mis tristes pensamientos,

qué hay en mi vida, que se va

con esas hojas que los vientos

mueven y arrastran sin cesar?

Cayó la noche somnolienta sobre el cadáver del jardín, y entre sus sombras muere lenta la última queja del violín....

Y nos recuerda el brillante de esas campanas al doblar, que allá, en el viejo composanto, van algún tísico á entrar!

FRANCICO VILLAE PESA

LA GÉNESIS DE UN POEMA

EL CUERVO

Una lóbrega noche hallábame sumamente fatigado y abatido, y el sueño, que se había apoderado de mí, me dejaba apenas hojear algunas obras filosóficas. De pronto llegó á mis oídos un ruido leve: llamaban á la puerta de mi cuarto. «Debe ser alguien que venga á visitarme—me dije—; no puede ser otra cosa.»

¡Ah! me acuerdo perfectamente. Estábamos en Diciembre; hacía un frío glacial, y los troncos medio apagados de la chimenea despedían sus postreros y ténues resplandores, reflejando en el suelo su luz mortecina. Spiraba yo por la llegada del día, y en vano leía tratando de disipar la tristeza que me embargaba por la pérdida de mi Leonora, preciosa y admirable niña, cuyo nombre repiten los ángeles y que aquí ya nadie pronunciará nunca.

Hasta el roce de la seda de los rojos cortinajes producía en mi ánimo un vago temor, un terror fantástico y supersticioso, desconocido para mí hasta entonces, tanto que para tranquilizarme, me levanté del asiento, repitiendo interiormente: «Si, no hay duda; será alguien que viene á visitarme, alguien que se ha extraviado y llama á mi puerta en busca de hospitalidad; si, esto debe ser y nada más.»

Me sentí más animoso, y desechando toda duda, mientras me disponía á abrir dije en voz alta: «Caballero ó señora, seáis quién fuereis, dispensadme; pero como estaba soñoliento y habéis llamado tan quedo á la puerta de mi habitación, no os había oído.» Y esto dicho, abrí la puerta de par en par. Nada, tinieblas nada más.

Dirigi escrutadora mirada, tratando de descubrir algo á través de la lóbrega noche, y á mi asombro sucedió bien pronto la duda y el temor, formando mil y mil suposiciones á cual más gratuitas: nada; quietud y silencio que sólo turbó una frase pronunciada por mi á manera de suspiro: «¡Leonora!» y que repitió así el eco: «¡Leonora!...»

Sólo esto, y nada más, Volví á mi cuarto con el alma torturada por los recuerdos, y momentos después de un golpe algo más fuerte que el anteior. «Es indudable me dije—que este ruido ha sonado en la celosía de la ventana; veamos lo que lo motiva; tengamos un poco de calma y aclaremos de una vez el misterio... Será el viento, el viento y nada más.»

Abrí el postigo, y con asombro vi un majestuoso cuervo, digno de figurar en los tiempos primitivos, que batiendo vertiginosamente las alas se precipitó como un torbellino en la habitación, y sin dignarse saludar, sin vacilación alguna, recto como una flecha y afectando el grave continente de un lord ó la seriedad de una lady, se situó sobre la puerta de mi cuarto, saltando desde allí á un busto de Palas que habia más arriba, sobre cuya cabeza se posó, y nada más.

Era tal la grotesca gravedad y aire severo del pájaro de ébano en aquel momento, que no pudo menos de sonreírme a pesar de que tristeza embarga mi alma. «Aunque no ostente tu cabeza—le dije—, casco y cimera, no por ello eres cobarde, cuervo lúgubre y antiguo viajero de las tinieblas. Dime tu nombre señorial en los lúgubres dominios de Plutón.» El cuervo contestó: «Nunca más.»

Aunque la respuesta fuera algo vaga y poco satisfactoria, no por eso dejé de maravillarme que un pajarraco tan feo como aquel comprendiera con tanta facilidad lo que se le preguntaba; porque hemos de convenir en que jamás le fué dado á ser viviente alguno ver un bicho así encima de la puerta de su habitación ó posado sobre un busto, y que dijera llamase «Nunca más.»

Pero el solitario cuervo, si usado sobre el plácido busto, continuó como petrificado, sin mover una sola pluma, y no pronunció otra palabra, como si en lo dicho hubiera concentrado toda su alma, hasta que oyó murmurar: «Otros amigos queridos